



Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Sistema de Información Científica

Elkin Rubiano

Sobre el «ágora global» y los «sujetos posibles»: de la utopía tecnológica al enfoque crítico
Tabula Rasa, núm. 3, enero-diciembre, 2005, pp. 97-110,
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600306>



Tabula Rasa,

ISSN (Versión impresa): 1794-2489

info@revistatabularasa.org

Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Colombia

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

SOBRE EL «ÁGORA GLOBAL» Y LOS «SUJETOS POSIBLES»: DE LA UTOPIA TECNOLÓGICA AL ENFOQUE CRÍTICO

ELKIN RUBIANO

Pontificia Universidad Javeriana – Universidad Externado de Colombia

Universidad Jorge Tadeo Lozano (Colombia)

elkinrubiano@yahoo.es

Revisión de Tema

Recibido: agosto 19 de 2005

Aceptado: septiembre 21 de 2005

Resumen

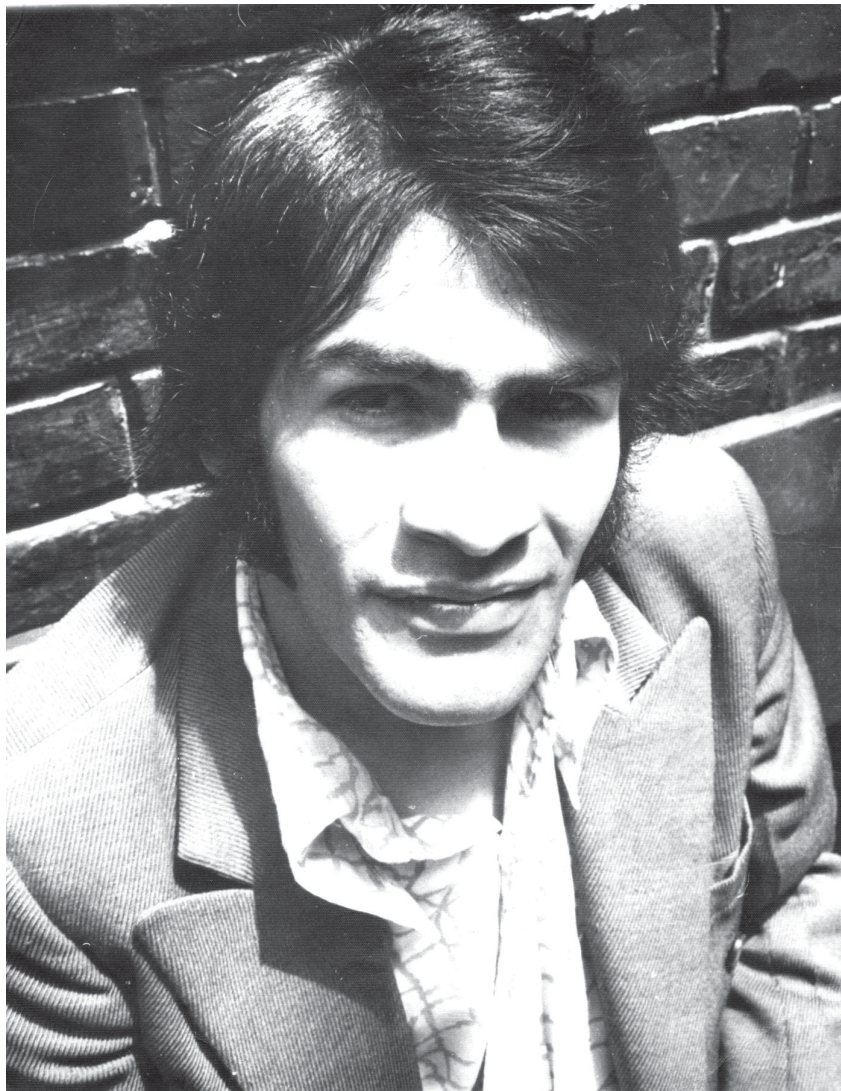
El autor del ensayo evalúa algunos de los supuestos teóricos que se han venido desarrollado en las ciencias sociales con respecto a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación: por un lado, la consideración de que estas tecnologías se han convertido en el vehículo de una movilización política de dimensiones globales configurando un «ágora global», por el otro, el supuesto según el cual las nuevas tecnologías posibilitan la construcción de sujetos libres, autónomos y reflexivos. En este texto ambos supuestos se ponen en discusión con el apoyo de la «teoría crítica». Finalmente, el autor toma posición frente a los académicos que ven en las nuevas tecnologías posibilidades de emancipación haciendo un llamado por un tipo de análisis que los utopistas tecnológicos han dejado de lado: la economía política. Un tipo de análisis que se hace impostergable en la fase del capitalismo tardío.

Palabras clave: Tecnología, sujetos, utopía, política, economía.

Abstract

The author of this essay evaluates some of the theoretical assumptions formed around social sciences in respect to new technologies, information technologies and communication. On the one hand, it is considered that those technologies have become a vehicle of political mobilization of global dimensions, configuring a «global agora»; on the other hand, it is assumed that those new technologies facilitate the construction of free, autonomous and reflexive beings. In this text, both approaches are discussed with the support of «critical theory». Finally, the author takes position—confronting academic scholars that see the possibility of emancipation in those new technologies. The author appeals to conduct a type of analysis that has been left out by academics: political economy. This analysis is urgent in this phase of late capitalism.

Key Words: Technology, subjects, utopia, politics, economy.



RETRATO, 1976
Fotografía de Melitón Orduz

Uno de los problemas centrales en el campo de la comunicación tiene que ver con la separación de las coordenadas espacio-temporales. Esta situación se ha intensificado con las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), aunque, claro, sus antecedentes son remotos si se piensa en la imprenta, el telégrafo y la revolución de los transportes en el siglo XIX. Los efectos de esta separación se interpretan de diversos modos. Para Anthony Giddens, por ejemplo, «la *separación entre tiempo y espacio* va acompañada de la *apropiación reflexiva del conocimiento y el desarrollo del mecanismo de desanclaje* de las instituciones modernas» (1999:28-58) con la consiguiente consecuencia: la radicalización de la modernidad ahora y en todas partes. Paul Virilio señala que la separación entre espacio y tiempo marca, gradualmente, el tránsito de la geopolítica a la cronopolítica (1997: 20), lo que supone entonces que la idea de las fronteras geofísicas es cada vez más una ilusión, pues antes que el «fin de la historia» estamos presenciando el «fin de la geografía»¹. De modo que en la actualidad «un estudio de lo político no puede hacerse sin un estudio de la economía de la velocidad» (Virilio, 1997:17). Por la misma línea, Zygmunt Bauman considera que los medios de transporte rápido erosionaron y minaron «todas las totalidades sociales y culturales arraigadas localmente [...] Entre los diversos factores técnicos de la movilidad, destaca el papel del transporte de la información, el tipo de comunicación que no implica movimiento de los cuerpos físicos o que lo hace de manera secundaria y marginal. Se desarrollaron recursos técnicos que permitían que la información viajase independientemente tanto de sus soportes corpóreos como de los objetos a los que se refería» (2002:40). Para Bauman, la nueva velocidad trae una nueva polaridad social potenciada por los poderes sin territorio: «*Lejos de homogeneizar la condición humana, la anulación tecnológica de las distancias de tiempo y espacio tiende a polarizarla*» (2003:28). John B. Thompson, por su parte, considera que la separación de espacio y tiempo posibilita otras formas de interacción social, pues además de la «interacción cara a cara», los *media* hacen posible la «interacción *mediática*» y la «casi-interacción *mediática*»; Thompson se interesa por esta última forma pues es el tipo de interacción predominante en la comunicación de masas: monológica, orientada a un indefinido abanico de receptores potenciales y la separación de contextos que configuran la estructura interactiva de producción y la estructura interactiva de recepción (1998:116-136).

Teniendo en cuenta esos análisis es posible hacerse una idea del amplio registro explicativo sobre el fenómeno. Pero el propósito de este texto no es poner en evidencia ese amplio registro sino particularmente evaluar el énfasis que algunos

¹ Al respecto Fredric Jameson señala algo semejante: «el “fin de la historia” de Fukuyama en realidad no se refiere en absoluto al Tiempo, sino al Espacio [...] expresa la sensación de estrechamiento del Espacio en el nuevo sistema mundial; revela el cierre de otra frontera más fundamental en el nuevo mercado mundial de la globalización y las corporaciones transnacionales [...] la entrada del capitalismo en una nueva tercera etapa y su consecuente penetración en partes hasta ahora no mercantilizadas del mundo» (1999a:125).

académicos han puesto en las posibilidades de la separación espacio-temporal potenciada por las TIC, bien como vehículo de movilización política bajo el supuesto de un «ágora global», bien como herramienta que posibilita el ejercicio de la libertad bajo el supuesto de la formación de sujetos autónomos y reflexivos.

«Sujetos posibles» y nuevas formas de sujeción

Las TIC parecen ir más rápido que las disciplinas que tratan de comprenderlas, hay un problema de tiempos, de distintas velocidades entre los hechos sociales y los conceptos que tratan de aprehenderlos. Algunos acontecimientos quedan, por lo tanto, o bien fuera de las reflexiones o bien reflexionados de manera equívoca. De ahí la necesidad de que las ciencias sociales deban replantear algunas de sus premisas básicas sin renunciar, desde luego, al conocimiento acumulado. A juicio de Escobar son tres las premisas que deben mirarse nuevamente desde otras perspectivas: vida, trabajo y lenguaje que remiten, respectivamente, a los campos de la biología, la economía y la lingüística (1999:328)

Economía, biología y lingüística. No es raro que estos tres campos aparezcan separados si se tiene en cuenta que las ciencias sociales -especialmente la antropología, o aun más, la «complicidad antropológica», a juicio de Escobar-analizaron estos campos como universales, autónomos y presociales (1996:125) obligando a pensar los problemas bajo modelos de linealidad de «esto o aquello», dada la diferenciación funcional de esferas «autonomizadas» que impiden, en lugar de lo lineal y funcional, pensar los problemas desde la coordinación, la conexión y la fusión (Beck, 1996:262).

Entre las divisiones binarias del tipo «esto o aquello» como sujeto u objeto, civilización o barbarie, la antropología ha hecho su propio «aporte»: naturaleza (biología) o cultura (historia) que supone, por un lado, que la naturaleza es prediscursiva y presocial y, por el otro, que los hechos biológicos son universales e incambiables. En ambos casos, ahistóricos e independientes de toda construcción, es decir, independientes de la cultura (Escobar, 1999:341). Sin embargo, un hecho resulta contundente e indiscutible: la biología bajo control no es ya naturaleza, como lo han puesto en evidencia nuevas tecnologías moleculares: «Las nuevas tecnologías reproductivas cuestionan radicalmente las premisas culturales sobre la familia, la sociedad y la vida» (Escobar, 1999:341). Aquí ya no hay una relación entre parentesco y biología y, por lo tanto, hay posibilidades de diseñar la familia, la sociedad y los cuerpos. Los cambios de las nociones de vida, trabajo y lenguaje, bajo las intersecciones entre lo cultural, lo biológico y lo político, se están transformado sobre dos ejes: lo orgánico/lo artificial y lo real/virtual (Escobar, 1999:343).²

² «Podríamos estar transitando de un régimen de la naturaleza “orgánica” (premoderna) y “capitalizada” (moderna) hacia un régimen de “tecnonaturaleza”, efectuado por las nuevas formas de la ciencia y la tecnología. En este régimen, la naturaleza sería construida por diversas bioprácticas». (Escobar, 1996:387).

Siendo así, las variables ciencia, tecnología y cultura plantean no sólo otros modos de reflexionar sino también posibilidades tanto de emancipación como de dominación. O en palabras de Heidegger (1994) -o Hölderlin- que allí donde está el peligro también está lo salvador. Estos problemas no pueden plantearse, entonces, desde los polos de la tecnofilia o la tecnofobia, aunque, según lo demuestra la bibliografía especializada, resulte muy difícil pararse en el *justo medio*, de ahí que se pase fácilmente de la utopía al catastrofismo, y viceversa.³ El mismo Escobar, por ejemplo, ve más posibilidades que riesgos, pues «si las nuevas tecnologías están transformando la estructura de la modernidad, ¿no estará el Tercer Mundo en capacidad de repositionarse creativamente?». A lo que responde de modo afirmativo (1999:344) y necesario, ya que la propuesta de Escobar es una propuesta política en la que la *resistencia* posibilita «mundos y conocimientos de otro modo», «una modernidad otra» (2003) y en la que el *diseño tecnológico* «debe ser visto como diseño de formas de ser [ya que] Una invención tecnológica trae consigo nuevos campos de posibilidad para los pensamientos e interacciones humanas y naturales» (1999:348) mediante la interconectividad, la multiplicidad y la procesualidad que «fomentan la alteridad de formas sociales y de subjetividad (mundos distintos)» (1999:349). Apenas de manera marginal Escobar señala que «Es indudable que al menos hasta ahora las nuevas tecnologías no han favorecido en nada a los pobres del mundo» (1999:344) y que «los movimientos sociales de los bosques tropicales tratan de diseñar mecanismos de control sobre las actividades de prospección; no en todas partes y no siempre con éxito» (1999:346).

Para mirar la cara opuesta pensemos en Richard Sennett, para quien las formas de trabajo adoptadas en el nuevo capitalismo, antes que posibilitar la construcción de sujetos libres, autónomos y reflexivos, son un impedimento para la construcción del carácter, es decir, para la construcción del «valor ético que atribuimos a nuestros deseos y nuestras relaciones con los demás» que depende de las relaciones de los individuos con el mundo y que se construye a largo plazo, como una *carrera*, como una carretera que marca el camino (2000:10) Para Sennett el «nuevo capitalismo es, con frecuencia, un régimen de poder ilegible». En este punto es, justamente, donde se puede entrar en diálogo con autores que con frecuencia dejan de lado las condiciones de poder en las interacciones sociales que no se reducen, desde luego, a lo simbólico sino que en el caso señalado por Sennett se hacen mucho más evidentes en lo económico y en lo político: «Los líderes de la economía y los periodistas especializados hacen hincapié en el mercado global y

³ Del lado de la utopía podría señalarse, siguiendo a Giddens (1999:130), el *optimismo sostenido* (fe en la razón providencial) y el *compromiso radical* (acción contestataria de los movimientos sociales). Mientras que del lado del catastrofismo podría citarse a Susan Sontag quien lo define brillantemente: «Un escenario moderno permanente: el apocalipsis se vislumbra, pero no pasa nada. Y vuelve a surgir... ahora el apocalipsis es un serial de larga duración: no es el "ahora el apocalipsis" (*apocalypse now*), sino el apocalipsis de ahora en adelante» (citado en Giddens, 1999:128).

en el uso de las nuevas tecnologías, dos aspectos que ellos consideran el sello distintivo del capitalismo de nuestro tiempo. Si bien es bastante cierto, no contemplan otra dimensión del cambio: nuevas maneras de organizar el tiempo, y en especial el tiempo de trabajo» (2000:20). Sennett señala que en la actualidad se buscan vías para acabar con los males de la rutina, representado en la rigidez burocrática, creando instituciones más flexibles. No obstante, las prácticas de la flexibilidad se centran en las fuerzas que doblegan a la gente. A diferencia de Thompson, por ejemplo, para quien «a través de la exposición a los *media*, el yo se convierte en más expansivo e indeterminado, menos obligado por los condicionantes de la tradición y más abierto a la experimentación, a la búsqueda de nuevas oportunidades y nuevos estilos de vida» (1998:251), para Sennett «Las especiales características del tiempo en el neocapitalismo han creado un conflicto entre carácter y experiencia, la experiencia de un tiempo desarticulado que amenaza la capacidad de la gente de consolidar su carácter en narraciones duraderas» (2000:30).

Con la especialización flexible, lejos de considerar que «el proceso de formación del yo se nutre progresivamente de materiales simbólicos *mediáticos*, expandiendo de manera espectacular el abanico de opciones disponibles a los individuos, y relajando -sin destruir- la conexión entre la formación del yo y los lugares compartidos» (Thompson, 1998:269), Sennett afirma que «Para hacer frente a las realidades actuales, el desapego y la colaboración superficial son una armadura mejor que el comportamiento basado en los valores de lealtad y servicio» (2000:24). Con la posibilidad que los medios electrónicos abrieron para separar las coordenadas espacio-temporales, el nuevo capitalismo las ha utilizado como forma de dominio antes que como herramientas para la emancipación. Con el trabajo llevado a casa

se ha puesto en marcha un montón de controles para regular el proceso de trabajo real en aquellos que no trabajan en la oficina [...] Un trabajador o una trabajadora con horario flexible controla la ubicación del trabajo, pero no por ello obtienen mayor control sobre el proceso de trabajo en sí [...] De esta manera, los trabajadores cambian una forma de sumisión al poder -cara a cara- por otra que es electrónica [...] El trabajo está descentralizado desde el punto de vista físico, pero el poder ejercido sobre los trabajadores es más directo. El teletrabajo es la última isla del nuevo régimen (Senté, 2000:61).

Leyendo a Sennett el asunto parece ser menos cándido cuando lo simbólico se solapa en lo político, lo económico y lo coercitivo.

Lo anterior pone en evidencia que el asunto no es de cara o sello, de «esto o aquello» sino de procesualidad. Se hace necesario, entonces, evaluar en dónde está el peligro y en dónde lo salvador, pues si bien es cierto que la vida, lo biológico,

puede diseñarse potenciado formas de ser, también lo es que potencian consecuencias «desviadas» que no pueden dejarse a la libre elección de los técnicos, los científicos y el mercado; si bien es cierto que la telemática posibilita un tipo de trabajo liberado de las estructuras rígidas de la burocracia, del taylorismo y el fordismo, también lo es que el teletrabajo facilita nuevas formas de control y explotación. Antes que de «sujetos posibles» valdría la pena, como recomienda Jameson, «hacer nuevas exploraciones de la subjetividad colectiva e institucional» (1999:131) en el capitalismo tardío.⁴

Los falsos supuestos del «ágora global»

En el ámbito académico y político es frecuente encontrar un tipo de discurso que considera que por medio de la tecnología se puede alcanzar el desarrollo o que se puede perfeccionar el sistema de participación en un régimen democrático: un ágora informativa ampliada a la sociedad red. Sin embargo, debe tenerse en cuenta, como señala Mattelart, que los discursos de bienaventuranza de la información suelen estar acompañados de prerequisites, cuya obligatoriedad está marcada en clave neoliberal: «si ustedes quieren sacar provecho de la nueva apuesta tecnológica para ser competitivos en la economía global, tienen que abrir sus mercados y desregular sus sistemas de telecomunicaciones» (Mattelart, 2003:117). Estos llamados al orden, a la normalidad de «la vida económica», se hacen bajo el manto de una aparente neutralidad científica que no es más que una nueva «vulgata planetaria» convertida en dogma: «¿Tiene razón el discurso dominante? ¿Y qué pasaría si, en realidad, este orden económico no fuera más que la instrumentación de una utopía -la utopía del neoliberalismo- convertida así en un *problema político*? ¿Un problema que, con la ayuda de la teoría económica que proclama, lograra concebirse como una descripción científica de la realidad?» (Bourdieu & Wacquant, 2000:125). El problema planteado en este caso es un problema semiótico; es un problema sobre los discursos dominantes. Discursos que logran filtrarse tanto en la vida académica como en la vida cotidiana.⁵

Si así es, más que hacer eco sobre la utopía de la integración y la inclusión social en la sociedad de la información, es un imperativo para la academia hacer visible la antiutopía de los monopolios de la información: «unos dos millones de personas,

⁴ «Digase lo que se diga, Marx después de todo tenía razón, y ninguna sociedad humana ha sido tan colectiva en sus estructuras como ésta, donde reinan supremos, como rascacielos en cualquier ciudad contemporánea, el estado althusseriano y sus aparatos ideológicos» (Jameson, 1999:131).

⁵ «Estos sociólogos-periodistas, siempre listos para comentar los “hechos de la sociedad” en un lenguaje al mismo tiempo asequible y “modernista”, con frecuencia percibido como vagamente progresista (con referencia a los “arcaísmos” del antiguo pensamiento europeo), contribuyen, de forma especialmente paradójica, a la imposición de una visión del mundo que, pese a las apariencias, está lejos de ser incompatible con las que producen y transmiten los grandes *think tanks* internacionales, más o menos directamente ramificados por las esferas del poder económico y político» (Bourdieu & Wacquant, 2000:125).

es decir, la tercera parte de la población mundial sigue sin tener electricidad; mientras que en los países de la OCDE hay más de una línea de abonado por cada dos habitantes, la cifra es de una por cada quince en los países emergentes y de una por cada doscientos en los países más pobres» (Mattelart, 2003:127). Estos datos hacen pensar, más que en un ágora global, en una forma de imperialismo más sofisticado: «Existe el riesgo, en efecto, de que con motivo de la implantación de las nuevas tecnologías se reproduzca o acentúe la dependencia de estos países [los info-pobres] respecto a programas y contenidos diseñados en función de los modelos culturales originarios de los países info-ricos» (2003:128). Entonces, ¿revolución de la información *para quién?* ¿Globalización *desde dónde?* James Petras (2001:76) responde que el binomio no es más que una fábula imperialista, el mito de una nueva era tecnológica que se apoya en el poder de universalizar los particularismos vinculados a una tradición histórica singular, que al universalizarlos los convierte en imperativo, en un «ciber-revolucionarismo», la «ideología espontánea del ciberespacio» que lo considera «un organismo que autoevoluciona naturalmente» (Zizek, 1998:154-55).⁶

Ahora bien, ¿qué posibilidad hay de oponerse a esa universalización? Al respecto hay quienes consideran que las mismas TIC procuran tanto los medios como la misma posibilidad para practicar la resistencia. Así lo demostrarían, por ejemplo, el levantamiento de Seattle en 1999, las protestas de la cumbre del G-7 en Génova, el Foro Mundial de Porto Alegre, el movimiento de oposición a la guerra contra Irak, etc.: «Las protestas escenifican la emergencia de una compleja *red de oposición autorregulada*, en donde la tecnología ya no solo “sirve” a la política del movimiento, sino que es capaz de *articularla* [...] la tecnología ya no funge a la manera de instrumento o “altavoz”, sino que es la *condición misma de posibilidad* del movimiento» (Castro-Gómez, 2003:16). Desde luego los casos mencionados demuestran tanto las posibilidades de resistencia como las esperanzas de invertir órdenes establecidos sirviéndose de la red informática global. Sin embargo, es necesario presentar otros escenarios posibles menos esperanzadores, como se verá más adelante.

Cuando las organizaciones políticas de tipo burocrático –partidos de izquierda y movimientos sindicales fuertes- ya no tienen la misma fuerza en el ejercicio de la crítica, como en la era fordista, es probable que en *la era de la información* posfordista la crítica se haya democratizado (Beck, 1996 y Giddens, 1999).⁷ No obstante

⁶ «La naturalización de la cultura [el mercado, la sociedad, considerados como organismos vivos, S.Z.] formaba parte del moderno desencantamiento del mundo. Su deconstrucción, que siguió a la culturización de la naturaleza [la vida misma es concebida como un conjunto de datos que se autorreproducen, S.Z.], resultó posible, ya tal vez inevitable, a raíz del reencantamiento posmoderno del mundo» (Bauman, 2002:15).

⁷ Beck habla de una reinención de la política: «En el horizonte de la contradicción entre las viejas rutinas y la novedosa conciencia de consecuencias y del modo de proceder, la sociedad deviene autocrítica» (1996: 221). Giddens, por su parte, señala que se deben crear «modelos para una sociedad buena, modelos que no pueden quedar limitados a la esfera del estado nacional, ni solamente a una de las dimensiones de la modernidad [...] debe reconocerse que las *políticas emancipatorias* tienen que ir unidas a las *políticas de vida*, o a las políticas de *autorrealización*» (1999:146).

debe señalarse así mismo que si en el industrialismo la fuerza radicaba en el poder del trabajo, en el informacionalismo la fuerza radica en el poder del capital (Castells, 1999), pero este capital, a diferencia del capital industrial, no se encuentra en centro alguno, sin que esto quiera decir, obviamente, que no haya concentración alguna de poder y capital; para decirlo con Sennett, hay una *concentración sin centralización*.⁸ ¿Cómo responder entonces a la pregunta por la ubicación del capital? En el fordismo el capital se anclaba en algún territorio, en el posfordismo, por el contrario, el capital se desterritorializa en el espacio cibernético libre de ataduras, es flotante, no se arraiga en lugar alguno, cuando aparecen dificultades, cuando estalla un conflicto, el capital y sus inversionistas desaparecen: «La empresa tiene libertad para trasladarse; las consecuencias no pueden sino permanecer en el lugar. Quien tenga libertad para escapar de la localidad, la tiene para huir de las consecuencias» (Bauman, 2003:16).

Si algo se ha totalizado en la era informacional es el capitalismo, su unificación global así lo demuestra, estamos en presencia de un «capitalismo semiotizado», sin «base material»; la articulación de los sectores financiero, informático y comunicacional dan prueba de ello (Grüner, 1998:57). No quiere decir esto, desde luego, que porque el sector financiero no tenga una base material caigamos en la ilusión de que existe un capitalismo «libre de fricción»:

En las condiciones sociales del capitalismo tardío, la materialidad misma del ciberespacio genera automáticamente la ilusión de un espacio abstracto, con un intercambio «libre de fricción» en el cual se borra la particularidad de la posición social de los participantes [...] Así, mientras los ideólogos del ciberespacio pueden soñar con el próximo paso evolutivo –en el que ya no interactuamos mecánicamente en tanto individuos «cartesiano», en el que cada «persona» contará el vínculo sustancial con su propio cuerpo y se concebirá como parte de la nueva mente holística que vive y actúa a través de cada uno-, esta naturalización de la World Wide Web o mercado oculta el conjunto de relaciones de poder (de decisiones políticas, de condiciones institucionales) que necesitan los «organismo» como Internet (o el mercado, o el capitalismo, etcétera) para prosperar (Zizek, 1998:154-156).

⁸ «Concentración sin centralización es una manera de transmitir la operación de mando en una estructura que ya no tiene la claridad de una pirámide -la estructura institucional se ha vuelto más intrincada, no más sencilla. Esta es la razón por la cual la palabra misma, “desburocratización”, es confusa y a la vez torpe. En las organizaciones modernas que practican la concentración sin centralización, la dominación desde arriba es, a la vez, fuerte y amorfa» (Sennett, 2000:58).

Teniendo en cuenta lo anterior, cabe preguntarse si es posible hablar de una democratización de la crítica, de un ágora global, pues, realmente, parece que algunos académicos, buscando alternativas de oposición, han sido deslumbrados por la utopía tecnológica. A la universalización del capital oponen, igualmente, la universalización de la luminiscencia tecnológica. Se supone, desde esa perspectiva, que la red informática posibilitará la articulación de movimientos de oposición en el vacío del espacio cibernético; que independientemente de la raza, el género y la condición social se articularán intereses comunes a partir de condiciones particulares, fragmentarias y discontinuas; que la movilización social es posible sin necesidad de la movilidad física, pues frente a la pantalla el universo entero se despliega.

Si esos son los supuestos, la resistencia tecnológica es no sólo una esperanza remota sino además una esperanza cándida. Pues, por un lado, si las prácticas cibernéticas se hubieran universalizado mediante el acceso generalizado de esas tecnologías, desde el punto de vista político esas prácticas no serían un verdadero escenario público sino apenas un gigantesco espacio de «circulación, ventilación y conexiones efímeras» (Baudrillard, 2002:1992) en el que los compromisos duraderos y los proyectos a mediano y corto plazo, como los políticos, serían la excepción. Por otro lado, y suponiendo que el escenario de la resistencia cibernética fuera, en efecto, una alternativa posible, se debería tener en cuenta que ese mundo, ese universal, es verdaderamente pequeño, pues la utopía *cyborg*⁹ hasta el momento es propiedad de una elite global, los conectados: «Ahora el mundo se presenta dividido entre quienes tienen domicilio fijo, documentos de identidad y de crédito, acceso a la información y el dinero, y, por otro lado, los que carecen de tales conexiones» (García Canclini, 2004a:74). Los primeros tienen la capacidad de moverse más allá de las fronteras a gran velocidad, los segundos tienen decretado su destino: la inmovilidad; allá los nómadas extraterritoriales, aquí los sedentarios localizados. En estas condiciones difícilmente puede sostenerse el argumento de una movilización informática global. Esto sólo es una ilusión de quienes son, en efecto, verdaderamente globales. Bauman señala algo que vale la pena tener presente: «La tan elogiada *interactividad* de los nuevos medios es una exageración grosera¹⁰; sería más correcto

⁹ Leamos, para el caso, a un tecnófilo: «Las metáforas biológicas primero, y las dramáticas y textuales más recientes, están reemplazando a las físicas. Los seres vivientes dejan de verse como organismos organizados jerárquicamente en el tiempo y el espacio y se convierten en textos codificados, en sistemas de comunicación, en redes de control, en la suma de comportamientos finalistas y aleatorios, en argumentos no-finalizados, en actores sin guiones preestablecidos ni controlados de antemano. Se desnaturaliza de este modo las nociones de organismo e individuo y emergen para ocupar este vacío los *cyborgs*, criaturas híbridas, mixtos organismos/máquinas que reemplazan las totalidades orgánicas por ensamblajes de componentes orgánicos, textuales y técnicos» (Piscitelli, 2002:67).

¹⁰ Paul Virilio señala que «Los multimedia nos enfrentan a un problema: ¿podremos encontrar una democracia del tiempo real, de *live*, de la inmediatez y de la ubicuidad? No lo creo, y aquellos que se apresuran a afirmarlo no son muy serios» (1997:20).

hablar de *un medio interactivo unidireccional*. No importa lo que crean los académicos, que son miembros de la nueva elite global: la Internet y la Red no son para todos, y difícilmente serán algún día de uso universal» (2003:71-72).

Es cierto que con los procesos de desterritorialización -interconexión informática, circulación global de formas y contenidos simbólicos-, las cuestiones públicas no se circunscriben totalmente a las geografías locales. Hay una redefinición, una nueva determinación de lo político cuyos límites son difusos, una «*disposición fluctuante al conflicto* orientada por la opinión pública massmediática» (Beck, 1996:243) no circundada a las fronteras territoriales. Las categorías de ciudadanía y democracia, por ejemplo, tienen que ser pensadas de otro modo, igual sucede con las cuestiones de identidad y «estilos de vida», tanto es así que las «políticas de identidad» y otras formas de politización encuentran nuevos escenarios de lucha y legitimidad.¹¹ Pero esto no debe hacernos olvidar, desde luego, que el interés por el consumo cultural en el capitalismo tardío hace que los problemas de la democracia se reduzcan a un asunto de acceso: mercancías tanto materiales como simbólicas en las que las premisas de la libertad se desvinculan «de cualquier ideal de justicia, igualdad y derechos sociales; el ciudadano mundial, libre de los límites del Estadonación, es aquel que participa de este universo y cuya ciudadanía es fruto de su inserción en el mercado» (Ortiz, 2003:38).¹² El mercado se convierte entonces en la medida de toda participación, incluyendo la política. Pero esta participación resulta tan efímera, adaptable y flexible como cualquier mercancía posfordista: el pasado y el futuro poco importan cuando el mandato del presente es, como reza

¹¹ No obstante reconocer lo importante de estas formas políticas, es clave plantear alguna inquietud en cuanto a su efectividad propiamente política: «Advertimos ahora por qué razón la pospolítica actual no puede alcanzar la dimensión propiamente política de la universalidad: porque tácitamente excluye la politización de la esfera económica. El dominio de las relaciones de mercado capitalistas globales es la "otra escena" de la denominada repolitización de la sociedad civil por la que abogan los partidarios de la "política de la identidad" y otras formas posmodernas de politización: todos los discursos sobre las nuevas formas de política que proliferan en todas partes, centrados en cuestiones particulares (los derechos de los homosexuales, la ecología, las minorías étnicas...), toda esta incesante actividad de identidades fluidas, cambiantes, de constitución de múltiples coaliciones *ad hoc*, y así sucesivamente, tiene algo de inauténtico, y en última instancia se asemeja al neurótico obsesivo que habla continuamente y se entrega a una actividad frenética, precisamente para no *perturbar*, para que siga inmovilizado *lo que realmente importa*. De modo que, en lugar de celebrar las nuevas libertades y responsabilidades generadas por la "segunda modernidad", es mucho más crucial concentrarse en lo que *sigue siendo lo mismo* en esta fluidez y reflexividad globales, en el motor de esa fluidez: la lógica inexorable del capital» (Zizek, 2001:377).

¹² En los momentos más eufóricos de la incipiente ecuación consumo=libertad, se llegó a afirmar cosas como la siguiente: «El consumo obliga al individuo a hacerse cargo de sí mismo, le responsabiliza, es un sistema de participación ineluctable al contrario de las vituperaciones lanzadas contra de la sociedad del espectáculo y la pasividad [...] sea cual sea su standardización, la era del consumo se manifiesta y continúa manifestándose como un agente de personalización, es decir, de responsabilización de los individuos, obligándolos a escoger y cambiar los elementos de su modo de vida [...] Si el consumo evacua la cultura puritana y autoritaria, no lo hace en beneficio de una cultura irracional o impulsiva [...] El proceso de personalización crea a un individuo informado y responsabilizado, *dispatcher*, constantemente de sí mismo» (Lipovetsky, 2002: 164-165).

el actual credo administrativo, «nada que sea a largo plazo», salvo, claro, la garantía del capital. Las políticas industriales, señala García Canclini, «Logran convertir la aceleración y la discontinuidad de los gustos en estilo de vida permanente de los consumidores. Consiguen así, mediante la renovación de los productos y la expansión de las ventas, garantizar la reproducción durable de los capitales» (2004b:176).

Si el diagnóstico anterior es medianamente acertado, las posibilidades de articular intereses sociales a largo plazo y con alcance global, son, en el mejor de los casos, una utopía: «Acciones como las de los grupos globalifóbicos, ecológicos o por los derechos humanos son, en su aspecto performativo, solo interrupciones del orden neoliberal» (2004b:177). Pero habría que señalar, sin embargo, que en el capitalismo tardío hemos presenciado al menos la realización de dos utopías inseparables: por una lado, la utopía del modelo neoliberal convertido en programa político que «con la ayuda de la teoría económica en la que se ampara, llega a pensarse como la descripción científica de la realidad» (Bourdieu, 1999:136), por el otro, la utopía marxista aunque realizada en sentido inverso, pues si en la *Ideología alemana* el mundo posible era aquel en el que podrías ser cazador en la mañana, pescador en la tarde y crítico de la crítica en la noche, actualmente, gracias a las identidades flexibles y a las redes de información, puedes ser, en efecto, ecologista en la mañana, protonazi en la tarde y transexual en la noche. Si en la utopía marxista se integraba la totalidad del ser, la unidad, como una posibilidad, en la utopía tecnófila los sujetos posibles se fragmentan en discontinuidades. Si allá era posible la rebeldía aquí sólo es posible el simulacro de la revuelta.

Coda: Tal vez el autor de este texto hubiera preferido hallar otro tono, menos catastrofista, acaso esperanzador, pero optó, finalmente, por tomar posición frente al alza que en el mercado «académico-editorial» tienen los voceros de la bienaventuranza tecnológica, pues considera que la balanza debe equilibrarse, que el péndulo debe empezar a trasladarse al polo opuesto. Frente a los supuestos del receptor, la audiencia y el consumidor libre, autónomo, crítico y hasta revolucionario -ese consumidor medido minuciosamente mediante técnicas tayloristas diseñadas por académicos según las necesidades y exigencias del mercado, como acertadamente lo señala Mattelart (2003)-, frente a esos supuestos, se hace necesario que un enfoque crítico que se valga de la economía política haga diagnósticos que indiquen de modo más certero y sobrio, sin la exaltación eufórica de los tecnófilos, tanto las posibilidades como los riesgos tecnológicos.

Bibliografía

- Baudrillard, Jean. 2002. «El éxtasis de la comunicación» en *La posmodernidad*, Hal Foster (compilador), 187-198. Barcelona: Kayrós.
- Bauman, Zygmunt. 2003. *La globalización. Consecuencias humanas*, México: F.C.E.
- Bauman, Zygmunt 2002. *La cultura como praxis*, Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich. 1996. «Teoría de la modernización reflexiva» en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Josetxo Beriain (Comp.), 223- 265. Barcelona: Anthropos.
- Bourdieu, Pierre. 1999. «El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada» en *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, 136-150. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc. 2000. «Los artificios de la razón imperialista», en *Voces y Culturas*. 15:109-128. Barcelona: Ediciones Voces y Culturas.
- Castells, Manuel. 1999. *La era de la información*, Madrid: Alianza Editorial
- Castro-Gómez, Santiago. 2003. «“Hello Santiago, we have recommendations for you” Los nuevos retos de la teoría crítica» en <http://www.hfac.uh.edu/mcl/faculty/zimmerman/lacasa/Estudios%20Culturales%20Articles/Introduccion.pdf> (05 octubre 2005).
- Escobar, Arturo. 2003. «Mundos y conocimientos de otro modo» en *Tabula Rasa*. 1:51-87.
- Escobar, Arturo 1999. «El final del salvaje: antropología y nuevas tecnologías» en *El final del salvaje*, 327-352. Bogotá: CEREC e ICANH.
- Escobar, Arturo 1996. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Bogotá: Editorial Norma.
- García Canclini, Néstor. 2004a. «Diferentes, desiguales y desconectados» en *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, 45-82. Buenos Aires: Gedisa.
- García Canclini, Néstor 2004b. «¿Ser diferentes es desconectarse? Sobre las culturas juveniles» en *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. 167-180. Buenos Aires: Gedisa.
- Giddens, Anthony. 1999. *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, Anthony 1996. «Modernidad y autoidentidad» en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Josetxo Beriain (compilador), Cáp. 1. Barcelona: Anthropos.
- Grüner, Eduardo. 1998. «El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Zizek» en *Estudios Culturales: Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Eduardo Grüner (Comp.), Buenos Aires: Paidós.
- Heidegger, Martin. 1994. «La pregunta por la técnica» en *Conferencias y artículos*, 9-37. Barcelona: Ediciones del Serbal.

- Jameson, Fredric. 1999a. «¿Fin del arte o fin de la historia?» en *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*, 105-128. Buenos Aires: Manantial.
- Jameson, Fredric 1999b. «Transformaciones de la imagen en la posmodernidad» en *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*, 129-179. Buenos Aires: Manantial.
- Lipovetsky, Gilles. 2002. «Modernismo y posmodernismo» en *Colombia: el despertar de la modernidad* (F. Viviescas y F. Giraldo, compiladores), 138-187. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- Mattelart, Armad. 2003. *Geopolítica de la cultura*, Bogotá: Ediciones Desde Abajo
- Ortiz, Renato. 2003. «Globalización y esfera pública: entre lo nacional y lo transnacional» en *Comunicación, cultura y globalización* (J. M. Pereira y M. Villadiego, editores académicos), 25-45. Bogotá: Centro Editorial Javeriano (CEJA).
- Petras, James. 2001. «La revolución de la información, la globalización y otras fábulas imperialistas», en *Voces y Culturas*. 17:67-76, Barcelona: Ediciones Voces y Culturas.
- Piscitelli, Alejandro. 2002. *Meta-cultura. El eclipse de los medios masivos en la era de la Internet*, Buenos Aires: La Crujía ediciones.
- Sennett, Richard. 2000. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.
- Thompson, John B. 1998. *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona: Paidós.
- Virilio, Paul. 1997. *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid: Cátedra.
- Zizek, Slavoj. 2001. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Barcelona: Paidós.
- Zizek, Slavoj. 1998. «Multiculturalismo, o la lógica del capitalismo multinacional» en *Estudios Culturales: Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Eduardo Grüner (Comp.), Buenos Aires: Paidós.